

**Tim O'Brien**  
**Persiguiendo  
a Cacciato**

Traducción de  
David Paradela López

**CONTRA**

Algunas partes del presente libro se publicaron, con distinta forma, en *Shenandoah*, *Esquire*, *Redbook*, *Ploughshares*, *The Massachusetts Review*, *Gallery*, *Denver Quarterly*, *O. Henry Prize Stories 1976*, *The Best American Short Stories 1977* y *The Pushcart Prize 1977*

El autor desea dar las gracias a los editores de estas publicaciones y expresar su gratitud por el apoyo recibido por parte de la National Endowment for the Arts y la Massachusetts Arts and Humanities Foundation

*Going After Cacciato*

© 1978, Tim O'Brien. Todos los derechos reservados

Esta traducción ha sido publicada según acuerdo con Broadway Books, un sello de Crown Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: David Paradela López

Diseño y maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Junio de 2017

© 2017, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2017, David Paradela, de la traducción

© Bettmann/ Getty Images, de la foto de la sobrecubierta (soldado de la 173.ª brigada de las Fuerzas Aerotransportadas a la espera de evacuación en la Colina 875, 22 de noviembre de 1967)

ISBN: 978-84-946833-1-2

Depósito Legal: DL B 13453-2017

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para Erik Hansen*

«Los soldados son soñadores.»  
SIEGFRIED SASSOON

# 1. Persiguiendo a Cacciato

Era una mala racha. Billy Boy Watkins estaba muerto, y también Frenchie Tucker. Billy Boy se había muerto de miedo en pleno campo de batalla, y a Frenchie Tucker le habían atravesado la nariz de un balazo. Bernie Lynn y el teniente Sidney Martin habían muerto en los túneles. Pederson estaba muerto y Rudy Chassler estaba muerto. Buff estaba muerto. Portland estaba muerto. Todos ellos estaban entre los muertos. La lluvia alimentaba los hongos que crecían en las botas y los calcetines de los hombres, y los calcetines se pudrían, y los pies se les ponían blancos y blanduzcos hasta el punto de que se les podía arrancar la piel con una uña, y una noche Stink Harris se despertó gritando porque tenía una sanguijuela en la lengua. Cuando no llovía, una niebla baja recorría los arrozales, fundiendo los elementos en un único elemento de color gris, y la guerra era fría y pútrida y pastosa. El teniente Corson, enviado para reemplazar al teniente Sidney Martin, había contraído disentería. Las bengalas eran inútiles. La munición se corroía y las trincheras se llenaban de barro y agua durante la noche, y por la mañana siempre había que ir hasta la siguiente aldea, y la guerra siempre era la misma. Los monzones formaban parte de la guerra. A comienzos de septiembre, Vaught agarró una infección. Le había estado enseñando a Oscar Johnson lo afilado que estaba el filo de su bayoneta, pasándosela por el antebrazo para arrancarse una capa de piel suelta. «Como una hoja de Gillette», había dicho Vaught con orgullo. Sangre no hubo, pero en

dos días las bacterias se propagaron y el brazo se le puso amarillo, de modo que se lo vendaron y llamaron un helicóptero, y Vaught dejó la guerra. Nunca regresó. Más tarde recibieron una carta suya en la que decía que Japón estaba lleno de humo y de nipongos, si bien en la fotografía adjunta se lo veía relativamente contento, posando con dos enfermeras de buen ver y una botella de vino sobresaliendo entre los muslos. La noticia de que había perdido el brazo cayó como un jarro de agua fría. Poco después, Ben Nystrom se descerrajó un tiro en el pie, pero no se murió ni tampoco escribió cartas. La gente bromeaba sobre esas cosas. También sobre la lluvia. Y sobre el frío. Oscar Johnson decía que le recordaba a Detroit en el mes de mayo. «Clima de saqueo —le gustaba decir—. Tétrico y oscuro, ideal para la violación y el saqueo.» Y entonces alguien decía que Oscar tenía una imaginación portentosa para ser negro.

Era una de las bromas. La broma sobre Oscar. Había muchas bromas sobre Billy Boy Watkins y la manera en que se había caído desplomado de miedo al suelo en el campo de batalla. Otra de las bromas era a costa de la disentería del teniente, y otra a costa de la bilis violácea de Paul Berlin. Había bromas sobre las estampillas de Cristo que solía llevar Jim Pederson, y sobre la tiña de Stink, y sobre cómo el casco de Buff se había llenado de vida después de muerto. Algunas de las bromas eran a costa de Cacciato. Más tonto que una bala, decía Stink. Más tonto que un pedo de ostra revenida, decía Harold Murphy.

En octubre, hacia finales de mes, Cacciato se fue de la guerra.

—Se ha ido —dijo Doc Peret—. Esfumado, desaparecido.

El teniente Corson parecía no oírlo. Era demasiado viejo para ser teniente. Los capilares de su nariz y sus mejillas estaban rotos. Tenía la espalda frágil. En tiempos había sido capitán y había estado a un paso de llegar a mayor, pero el whisky y los catorce tediosos años transcurridos entre Corea y Vietnam se lo habían impedido, y ahora no era más que un teniente viejo con disentería.

Estaba tendido boca arriba en la pagoda, desnudo salvo por los calcetines y los calzoncillos, ambos de color verde.

—Cacciato —repetió Doc—. El chaval se ha ido. Se ha esfumado y está en paradero desconocido.

El teniente no se levantó. Se puso una mano sobre la tripa, mientras con la otra protegía un resplandor rojizo. La superficie de sus ojos estaba húmeda.

—Se ha ido a París —dijo Doc.

El teniente se acercó el resplandor a los labios. Su pecho no se le movió al inhalar. Ni sus muñecas ni su grueso estómago daban señales de vida.

—A París —repitió Doc Peret—. Eso es lo que le ha dicho a Paul Berlin, y eso es lo que Paul Berlin me ha dicho a mí, y eso es lo que yo le estoy diciendo a usted. La cadena de mando, un mecanismo francamente espléndido. El caso es que el chaval se ha ido. Ha hecho el petate y se ha marchado.

El teniente espiró.

El humo azul de la pólvora producía un suspiro musical en la penumbra, como un cosquilleo en la base de los pies de barro del buda.

—Estupendo —dijo alguien.

Otro soltó un suspiro. El teniente pestañeó, tosió y le tendió el canuto sin llama a Oscar Johnson, que acabó de apagarlo contra la uña del dedo gordo del pie.

—¿Paguí? —dijo el teniente con un hilo de voz—. ¿El alegre Paguí? Doc asintió.

—Eso es lo que le ha dicho a Paul Berlin, y eso es lo que yo le estoy diciendo a usted. Debería cubrirse, señor.

El teniente Corson exhaló un suspiro, tragó saliva y se incorporó hasta quedarse sentado muy rígido frente a una lata de Sterno. Encendió el Sterno, puso las manos detrás de la llama y se inclinó hacia delante para atraer el calor. Fuera, seguía lloviendo.

—Muy bien —dijo el viejo, mirando hacia la llama—. Vamos a ver. El truco está en pensar con claridad. Paso a paso. ¿Paguí, has dicho?

—Afirmativo, señor. Eso es lo que le ha dicho a Paul Berlin, y eso es lo que yo...

—¿Berlin?

—Sí, señor. Aquí presente.

El teniente alzó la mirada. Tenía los ojos azules y húmedos.

Paul Berlin fingió una sonrisa.

—Coño.

—¿Señor?

—Coño —dijo el viejo, sacudiendo la cabeza—. Creía que tú eras Vaught.

—No.

—Creía que eras tú. ¿Qué... qué te parece eso? Os habré confundido. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, señor.

El teniente sacudió la cabeza con tristeza. Puso una bota a secar sobre la llama del Sterno. Detrás de él, en las sombras, se erguía el buda, que sonreía con las piernas cruzadas desde su pedestal de piedra. En la pagoda hacía frío. Después de un mes de lluvias, todo estaba húmedo y olía a arcilla y a silicatos y a porro y a incienso viejo. La estructura consistía en una única estancia cuadrada semejante a un fortín, con las paredes de piedra y un techo bajo que obligaba a los hombres a encorvarse o ponerse de rodillas. Puede que en tiempos hubiera sido un buen lugar para la oración, embaldosado y pintado con primor, pero ahora no era más que un cuchitril. Las ventanas estaban tapadas con sacos terreros. Al buda le faltaba el brazo derecho, pero su sonrisa seguía intacta. La cabeza ladeada de la estatua parecía interesada en el largo suspiro del teniente.

—Así que Cacciato se ha ido. ¿Es eso?

—Sí, señor —dijo Doc—. Eso es.

Paul Berlin asintió.

—Se ha ido al alegre Paguí. ¿Correcto? Cacciato nos ha dejado para irse a Paguí de Francia. —El teniente se quedó como reflexionando profundamente. Luego se rio—. ¿Llueve aún?

—De cojones, señor.

—Nunca había visto llover de esta manera. ¿Y tú? ¿Habías visto algo así?

—No —dijo Paul Berlin—. No desde ayer.

—Supongo que tú eres amiguito de Cacciato, ¿verdad?

—No, señor —dijo Paul Berlin—. A veces está conmigo. Pero amigo, no.



—¿Quién es su amigo?

—Nadie. Puede que Vaught. Sí, supongo que Vaught, a veces.

—Muy bien —murmuró el teniente. Hizo una pausa para meter la nariz en el interior de la bota y oler el cuero sudoroso—. Muy bien, entonces supongo que deberíamos llamar al señor Vaught. A lo mejor él puede aclararnos de qué cojones va todo esto.

—Vaught no está, señor. Él es el que...

—Madre del amor hermoso.

Doc le echó un poncho sobre los hombros al teniente. La lluvia caía persistente, sin truenos ni estridencias. Era media mañana, pero la sensación era la de un atardecer sin fin.

El teniente recogió la otra bota y la puso a secar. Durante un rato no dijo nada. Luego, como si hubiera visto algo gracioso en el fuego, volvió a reírse y pestañeó.

—Paguí —dijo—. Conque Cacciato se ha ido al alegre Paguí. A ver culos y gabachos al Follemos Bergière. ¿Qué mosca le ha picado? —dijo levantando los ojos hacia Doc Peret.

—Nada, es que es tonto. Tonto del culo.

—Y se ha ido a pie. Dices que se ha ido a pie al alegre Paguí.

—Eso ha dicho, señor, pero uno no puede hacer caso de...

—¡Paguí! Dios bendito, pero ¿tiene idea de lo lejos que está eso? ¿Tiene la más mínima idea?

Paul Berlin trató de no sonreír.

—Trece mil ochocientos kilómetros, señor. Eso es lo que me ha dicho: trece mil ochocientos kilómetros a vuelo de pájaro. Lo ha planificado a fondo. Raciones, agua fresca, una brújula, mapas y demás.

—Raciones... —dijo el teniente—. Raciones, tócame los cojones. —Tosió, esputó y sonrió—. Entonces supongo que saltará el océano volando con sus raciones, ¿no? ¿Me equivoco?

—Pues no exactamente —dijo Paul Berlin. Miró a Doc Peret, que se encogió de hombros—. No, señor. Me ha mostrado cómo... Verá, ha dicho que subirá por Laos, cruzará Birmania y luego otro país que no recuerdo cómo se llama, y luego por India, Irán, Turquía y luego Grecia, y a partir de ahí el resto es fácil. Eso es lo que ha dicho. El resto es fácil, ha dicho. Lo tiene todo planeado.

—En otras palabras —dijo el teniente, titubeando—. En otras palabras: tenemos un puto desertor.

—Usted lo ha dicho —dijo Doc Peret—. Usted lo ha dicho.

El teniente se frotó los ojos. Tenía la cara sudada y le habría venido bien un afeitado. Durante un rato se quedó muy quieto, escuchando la lluvia con las manos en la tripa; luego sonrió, sacudió la cabeza y soltó una carcajada.

—¿Por qué? Decídme, ¿por qué coño lo ha hecho?

—Muy sencillo —dijo Doc—. Por favor, ya le he dicho que se cubra.

—¿Por qué? Quiero una respuesta. ¿Por qué?

—Shhhh. Es tonto, no da para más.

El teniente tenía la cara amarillenta. Volvió a reírse. Se echó sobre el costado y dejó caer la bota.

—Pero ¿por qué? ¿Qué clase de majadería es esta...? Al alegre Paguí... ¿a pie? ¿Qué está pasando? Decídmelo, ¿se puede saber qué mosca os ha picado? Hablo con vosotros, ¿qué mosca os ha picado?

—Tranquilícese.

—Decídmelo.

—Vamos a serenarnos —dijo Doc. Recogió el poncho caído, lo sacudió y volvió a colocarlo sobre los hombros del viejo.

—Contestadme. ¿Por qué? ¿Qué puta mosca os ha picado? A pie al alegre Paguí, ¿qué coño pasa?

—No pasa nada, señor. Estamos estupendamente. ¿A que estamos estupendamente?

Alguien aplaudió sin muchas ganas desde la penumbra.

—¿Lo ve? Estamos estupendamente. No es más que el tarambana este de Cacciato. Nada más.

El teniente se rio. Sin levantarse, se puso el pantalón, las botas y una camisa, y luego se quedó meciéndose con aire abatido frente a la llama del Sterno. La pagoda olía a tierra. La lluvia no cesaba nunca.

—Carajo —dijo el teniente, suspirando. Siguió sacudiendo la cabeza cansinamente, sin dejar de sonreír, hasta que por fin miró a Paul Berlin—. ¿De qué escuadra eres?

—La tercera, señor.

—¿La escuadra de Cacciato?

—Sí, señor.

—¿Quién más?

—Yo, Doc, Eddie Lazzutti, Stink, Oscar y Harold Murphy. Y Cacciato.

—¿Y Pederson?

—Pederson ya no está con nosotros, señor.

El teniente seguía meciéndose. No tenía buen aspecto. Cuando la llama se hubo extinguido, se puso en pie, tosió, esputó y se tocó los dedos de los pies.

—Muy bien —dijo suspirando—. La Tercera Escuadra saldrá a buscar a Cacciato.

Hasta las montañas había cuatro kilómetros de arrozal llano. Las montañas cortaban en seco los arrozales; al otro lado de esas y otras montañas, estaba París. Las cumbres no se veían debido a la niebla y las nubes. La guerra estaba mojada por todas partes.

Pasaron la primera noche acampados en formación circular al pie de las montañas, una noche larga y deprimente, y al amanecer iniciaron el ascenso.

A mediodía, Paul Berlin avistó a Cacciato. Estaba casi un kilómetro más arriba, iba agachado y avanzaba con paciencia por la pronunciada cuesta. Una silueta vaga y solitaria. Era Cacciato, sin duda. Sus piernas eran demasiado cortas para una espalda tan ancha y tenía una brillante mancha rosada en la base de la cabeza. Paul Berlin fue el primero en verlo, pero fue Stink Harris quien dio el aviso.

El teniente Corson sacó los prismáticos.

—¿Es él, señor?

El teniente observó cómo Cacciato escalaba hacia las nubes.

—¿Es él?

—Oh, sí. Sí.

Stink se echó a reír.

—¿Es o no es tonto, señor? Más tonto que un *dink*.<sup>1</sup>

El teniente se encogió de espaldas. Siguió observando hasta que Cacciato se hubo perdido entre las nubes altas, entonces masculló algo, apartó los prismáticos y les indicó por señas que continuaran avanzando.

—Es de locos —dijo Oscar—. Eso es lo que es. Es de locos muy locos.

Volvieron a formar en el orden anterior y empezaron a escalar despacio: Stink a la cabeza, luego el teniente, luego Eddie y Oscar, luego Harold Murphy y, detrás, Doc Peret. El especialista de cuarta clase Paul Berlin cerraba la columna caminando con la cabeza gacha. No tenía nada contra Cacciato. Todo aquello era una tontería, por supuesto, una decisión inmadura y estúpida, pero aun así no tenía nada contra el muchacho. Era una pena. Un desperdicio entre otros mil desperdicios infinitamente más graves.

Mientras escalaban, trató de imaginarse la cara de Cacciato, pero por más que se concentraba solo veía una imagen confusa. «Es la influencia mongólica —había dicho Doc un día—. Míralo bien. ¿No ves que tiene los ojos rasgados? ¿Los pies de pichón, la cabeza abombada? Mi teoría es que al chaval le falta un pelo genético para ser mongólico. Está en el borde.»

Y puede que Doc estuviera en lo cierto. Había algo curiosamente inacabado en Cacciato. De aspecto era bonachón, ingenuo y regordete, pero carecía de detalle y refinamiento, como si le faltara ese toque final que por lo común la madurez imprime en los muchachos de diecisiete años. El resultado era borroso, desvaído y anodino. Podías mirarlo y, al apartar los ojos, no recordar lo que habías visto. Todo esto, según Stink, eran indicios de un caso de idiotismo profundo. Su manera de silbar durante la guardia, el truco ese tan gracioso de ahorrar enjuague bucal escupiendo de nuevo en la botella, su afición a pescar percas en el Territorio de los Lagos. Todo formaba

1. Uno de los múltiples apelativos peyorativos con que los soldados estadounidenses se referían a los vietnamitas. [N. del T.]

parte de una extraña y pueril simplicidad que los muchachos toleraban del mismo modo que habrían tolerado a un cachorrillo juguetero.

Lo de largarse a París era una de esas locuras que podían ocurrírsele a Cacciato. Paul Berlin recordaba que el chaval se había pasado horas hojeando un viejo atlas del mundo, estudiando los mapas, haciendo preguntas peregrinas: cuánta pendiente tenían tales montañas, cuán ancho era tal río, cuán espesa tal jungla. Era una pena. Una verdadera lástima. Como ganar la Estrella de Bronce por volarle los dientes de un tiro a un *dink*. Silbando en la oscuridad, siempre silbando, mascando Black Jacks, siempre mascando y silbando y sonriendo con esa sonrisa blanca congelada en el rostro. Todo aquello era una tontería. Siempre había sido una tontería, incluso cuando las cosas iban bien, pero ahora era una tontería triste. No se podía. Sencillamente era imposible, y era estúpido y triste.

La lluvia entorpecía el ascenso. Hasta última hora de la tarde no alcanzaron la cima de la primera montaña.

Una vez enviadas sus coordenadas por radio, avanzaron por la cumbre hasta un cúmulo de rocas de granito desde el que se dominaba la llanura de Quang Ngai. Abajo, las nubes ocultaban los arrozales y la guerra. Arriba, entre más nubes, se erguían más montañas.

Fue Eddie Lazzutti quien dio con el lugar donde Cacciato había pasado la noche, una formación rocosa ligeramente resguardada a la que un saliente de pizarra servía de techumbre. En el interior había una pila de hierba apelmazada, una lata de Sterno consumida, dos envoltorios de chocolate y un mapa parcialmente quemado. Paul Berlin reconoció el mapa del atlas de Cacciato.

—Qué acogedor —dijo Stink—. Un buen nido para nuestro pichón.

El teniente se agachó para examinar el mapa. Estaba quemado casi por entero y se hizo pedazos cuando el viejo lo recogió, pero todavía era posible descifrar algunas partes. En la esquina izquierda había una línea de puntos roja que atravesaba un arrozal y las primeras montañas de la cordillera Annamita. La línea terminaba ahí y, aparentemente, continuaba en un segundo mapa.